

ENCUENTROS
DE
DIÁLOGO
Y
REFLEXIÓN

CÁTEDRA
RVDO. CARMELO
ÁLVAREZ PÉREZ



El 26 de febrero de 1991 la ICDC en PR aprobó en Convención una resolución presentada por el Rvdo. Pablo A. Jiménez para instaurar la Cátedra Rvdo. Carmelo Álvarez Pérez. Esta Cátedra se celebra a la memoria de un pastor, predicador y educador que dejó un legado y una huella profunda en el corazón y la historia de esta Iglesia.

Con motivo del Trigésimo Quinto aniversario de la fundación del Instituto Bíblico Rvdo. Juan Figueroa Umpierre, quisimos publicar en un libro las presentaciones de la Cátedra Rvdo. Carmelo Álvarez Pérez. La presente obra recoge el producto de la reflexión teológica de pastores, pastoras y laicos sobre temas de relevancia y pertinencia para la iglesia y el país presentadas en la Cátedra desde 1991 hasta el 2012. Destacamos de manera particular las presentaciones de la Lcda. Elizabeth Álvarez, quien mora en la presencia del Señor, el Rvdo. Carmelo Álvarez y el Rvdo. Fernando Barbosa, hija, hijo y nieto respectivamente de Don Carmelo.

Mediante la publicación de estas presentaciones pretendemos alcanzar tres objetivos principales: en primer lugar, reconocer el valor y el arduo trabajo de investigación y reflexión de todas las personas que han participado como exponentes de la Cátedra. En segundo lugar, que más personas tengan acceso a estos escritos y por último, que los mismos puedan ser discutidos en las iglesias en grupos de estudio.

Celebramos con gozo y gratitud a Dios un momento tan significativo para nuestro Instituto Bíblico como es este aniversario donde por espacio de 35 años hemos contribuido a la formación de laicos, pastores y pastoras brindándoles las herramientas espirituales e intelectuales que les ha permitido capacitarse para hacer toda buena obra. De esta manera continuamos expandiendo las fronteras del reino de Dios para seguir siendo agentes de cambio y transformación para nuestro pueblo.

*Rvda. Maritza Rosas Hernández
Directora de Instituto Bíblico y Vida Familiar
Junio de 2012*

AL DIOS NO CONOCIDO:
LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA
EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE

Rvdo. Pablo A. Jiménez Rojas
28 de abril de 2010

Introducción

Tiempos de incertidumbre: si una palabra describe los tiempos postmodernos es, precisamente, incertidumbre. La incertidumbre es falta de certeza, es la ausencia de seguridad y de claridad. Si bien la certeza es, según el diccionario de la Real Academia Española,¹ la «firme adhesión de la mente a algo conocible, sin temor de errar», la incertidumbre es la ausencia de dicha adhesión.

La postmodernidad se caracteriza por la incredulidad hacia las grandes historias maestras que definieron la era moderna.² Y la cristiandad es, precisamente, una de esas grandes historias maestras. Cuando las nuevas generaciones rechazan los meta-relatos que forjaron la modernidad, también rechazan la Iglesia como institución.

Como he indicado en otros escritos, el resquebrajamiento de los principios de la modernidad plantea un grave problema para la Iglesia: el mundo no nos

¹ *Real Academia Española*, disponible en: <http://www.rae.es/>

² Jean-François Lyotard, *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1984), xxiv.

cree.³ Permítanme citar un párrafo que resume mis perspectivas sobre el tema: En términos teológicos, esto implica que la Iglesia ha perdido su hegemonía en la religión occidental. La sociedad postmoderna ya no ve la Iglesia como la única voz autorizada de Dios. Tampoco ve al Dios cristiano como el «primer principio» del universo. Ahora la Iglesia es otra voz en el mercado globalizado de las ideas.⁴

Ahora bien, esto no quiere decir que la cultura postmoderna rechaza la religión. Por el contrario, la postmodernidad valora la experiencia religiosa. Mientras la modernidad rechazaba la religión como algo irracional, la postmodernidad la ve como algo «supraracional», es decir, algo que va más allá de la racionalidad humana.

El problema es que esta apertura a la experiencia religiosa no se circunscribe a la religión cristiana, ni siquiera a las religiones tradicionales. La postmodernidad valora las micro-historias y los micro-relatos. Por lo tanto, la postmodernidad tiende a rechazar las religiones antes consideradas como normativas y a validar las experiencias religiosas antes consideradas como marginales.⁵

Esto explica por qué estamos viendo un auge espiritual, donde la gente tiende a combinar experiencias religiosas de diversos orígenes, forjando así una experiencia religiosa ecléctica y personalizada. Y en medio de toda esta vorágine, la Iglesia cristiana intenta definir una espiritualidad pertinente.

3 Pablo A. Jiménez, «Predicación y postmodernidad» en *La Predicación en el Siglo XXI: Actualidad, contexto, cultura, justicia social, liberación & postmodernidad* (Barcelona: Editorial CLIE, 2009), 61.

4 Ibid., p. 63.

5 Sobre este punto, véase a In Sik Hong, *¿Una Iglesia postmoderna?: En busca de un modelo de Iglesia y Misión en la era postmoderna* (Buenos Aires: Ediciones Kairós, 2001), 7-16. Para una introducción al tema de la postmodernidad, véase a José María Mardones, *Postmodernidad & cristianismo: El desafío del fragmento* (Santander: Editorial Sal Terrae, 1988). Sobre la variedad de espiritualidades cristianas y no-cristianas, véase a S. Chan, «Spirituality» en *Global Dictionary of Theology*, editado por William A. Dyrness & Veli-Matti Kärkkäinen, et. al. (Downers Grove, Ill.: IVP Academic, 2008), 851-857.

La espiritualidad cristiana

La vida espiritual es esta vida; la vida ordinaria, vivida en una relación cada vez más profunda y amorosa con Dios. Esta relación con Dios conduce a una mejor relación con uno mismo, con los demás y con el resto de la creación.⁶

La vida espiritual no se debe contrastar con la vida material. Toda la vida es espiritual, toda la vida es sacramental, toda la vida es comunitaria y toda la vida es litúrgica.⁷ La espiritualidad se basa en la experiencia del bautismo cristiano y se orienta hacia una experiencia de vida que responda a la búsqueda constante de la presencia de Dios en todo el orden creado.⁸ Por lo tanto, para el creyente todo aspecto de la vida humana tiene una dimensión espiritual. No hay un solo aspecto de la experiencia humana que no tenga un ribete espiritual.⁹ Nada está fuera de la gracia, de la influencia y del amor de Dios.

La espiritualidad cristiana es la presencia real del Espíritu Santo de Dios en la vida de las personas, de las comunidades y de las instituciones que reclaman para sí el nombre de Jesucristo.¹⁰

La espiritualidad cristiana es la capacidad de discernir la presencia de Dios en la vida cotidiana.¹¹ Por lo tanto, la vida espiritual requiere discernimiento, dado que implica la capacidad de ver lo que otras personas no pueden ver.

Podemos comprender la vida espiritual como una vida de amistad con Dios.¹² Dado que es difícil desarrollar una amistad íntima con alguien a menos que

6 John Westerhoff, *Spiritual Life: The Foundation for Teaching and Preaching* (Louisville: Westminster / John Knox Press, 1994), 1.

7 Ibid., 2.

8 Don E. Saliers, «Spirituality» en *A New Handbook of Christian Theology*, editado por Donald W. Musser & Joseph L. Price (Nashville: Abingdon Press, 1992), 462.

9 Gustavo Gutiérrez, *Beber de su propio pozo: En el itinerario espiritual de un pueblo* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1985), 117.

10 Ignacio Ellacuría, «Espiritualidad» en *Conceptos Fundamentales de Pastoral*, editado por Casiano Floristán & Juan-José Tamayo (Madrid: Ediciones Cristiandad, 1983), 303-304.

11 Zaida Maldonado Pérez, «The Trinity» en *Handbook of Latina/o Theologies*, editado por Edwin D. Aponte y Miguel A. De La Torre (St. Louis: Chalice Press, 2006), 33.

12 Westerhoff, 6.

pasemos mucho tiempo con esa persona, nuestra relación con Dios depende directamente de la cantidad y la calidad del tiempo que pasamos conscientemente con Dios cada día.¹³ A mayor tiempo pasemos con Dios, más saludable é íntima será nuestra amistad con Dios.¹⁴ El punto principal es que la experiencia de la amistad humana provee una analogía para la vida espiritual y que debemos usar ese conocimiento para avanzar el desarrollo de nuestras vidas espirituales.¹⁵

La espiritualidad es un estilo de vida fundamentado en nuestra calidad de hijos e hijas de Dios y en nuestra fraternidad con el resto de la humanidad.¹⁶ Sobre este punto, Gustavo Gutiérrez expresó lo siguiente en *Beber de su propio pozo*, su libro sobre el tema de la espiritualidad cristiana:

Filiación y fraternidad son las dos dimensiones de una vida centrada en el Espíritu. Pero se trata de un proceso, de un itinerario, que no ha llegado todavía plenamente a su meta: "gemimos dentro de nosotros mismos, anhelando la adopción filial" (Rom. 8:23).¹⁷

Por lo tanto, la espiritualidad cristiana tiene una perspectiva comunitaria; una perspectiva que no individualista.

La espiritualidad implica un cambio radical que reorienta los ejes fundamentales de la vida a la luz de los valores del reino de Dios.¹⁸ En este contexto, la «conversión» significa una transformación radical de nuestra manera de pensar, sentir y vivir. Esa transformación es posible porque Cristo Jesús, por medio de su Espíritu Santo se hace presente en el ser humano maltrecho por el pecado.¹⁹ La conversión es un proceso progresivo, no es un gesto que se realiza una vez

¹³ Ibid.

¹⁴ Ibid., 7.

¹⁵ Ibid., 8.

¹⁶ Gutiérrez, 12.

¹⁷ Ibid., 86.

¹⁸ Ibid., 118.

¹⁹ Ibid., 124.

por todas. La conversión implica un desarrollo que incluso puede ser doloroso. En el proceso de la conversión nunca faltan las incertidumbres, las dudas, y la tentación de volver atrás.

Gutiérrez dice lo siguiente sobre el tema de la conversión:

La fidelidad a la palabra del Señor implica una conversión permanente. Creer en Dios es más que afirmar su existencia, es entrar en comunión con él, e inseparablemente con los demás. La conversión se trata también de una ruta en la que se crece en madurez.²⁰

Como podemos intuir, la espiritualidad tiene implicaciones éticas y hasta políticas. La fe cristiana enseña que los creyentes somos agentes morales y, por lo tanto, agentes políticos.²¹ La espiritualidad cristiana exige el seguimiento de Jesús, imitando su estilo de vida y reorientando nuestro ser a la luz de los valores del reino de vida.²² El seguimiento nos lleva al discipulado, y el discipulado cristiano es una «aventura colectiva».²³

La perspectiva ética de la espiritualidad y del discipulado se deriva del seguimiento de Jesús. Creer en Jesús implica asumir su práctica de la fe e imitar su estilo de vida.²⁴ Usando lenguaje académico, la teología cristiana enseña que la «ortodoxia»—la doctrina correcta—debe conducirnos a una «ortopraxis»—a una práctica de la fe correcta. Pablo expresó este punto con claridad en Gálatas 5:25, que dice: «Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu» (en los estudios paulinos se dice que este versículo explica la relación entre el modo indicativo y el imperativo de la fe). Y en los evangelios sinópticos, la dimensión ética se recalca por medio del lenguaje del seguimiento y el discipulado.

²⁰ Ibid., p. 125.

²¹ Westerhoff, 49.

²² Ellacuría, 304.

²³ Gutiérrez, 49.

²⁴ Ibid., 69.

Y el término central en este proceso es el vocablo «camino». Volvamos a las expresiones de Gutiérrez, quien dice:

Seguir el camino es llevar una conducta, la misma palabra griega («hodós») puede ser traducida por esos dos términos: camino y conducta. Comportamiento al servicio de Dios. Se trata de un estilo de vida que se comunica sobre todo a través del testimonio y que es susceptible de seguimiento por otros...²⁵

El aspecto político de la espiritualidad se deriva de sus elementos éticos y morales. La espiritualidad nos lleva a discernir la presencia de Dios en lo cotidiano, en la vida comunitaria y aún en el discurso político. La espiritualidad que postula la soberanía de Dios nos lleva a desarrollar un discurso contra-hegemónico que se opone a las fuerzas del mal, del pecado y de la muerte que dominan nuestra sociedad.

En resumen, la espiritualidad cristiana implica un compromiso radical con un nuevo estilo de vida que reorienta nuestros senderos, asumiendo los valores del reino de Dios. Y ese compromiso radical se vive en esta vida, aquí y ahora. La espiritualidad cristiana se manifiesta en lo cotidiano, caminando con Jesús hacia el reino por las sendas del mundo.

El problema

¿Cuál es, pues, el desfase? ¿Por qué esta hermosa teología de la espiritualidad no está haciendo mella en el mundo postmoderno? En fin, ¿por qué el mundo no nos cree?

Podemos responder estas preguntas de diversas maneras. Hay quien ataca la incredulidad del mundo y hay quien señala las fallas de la Iglesia. Algunos acusan a la prensa de perseguir a las comunidades religiosas mientras otros acusan a la Iglesia de vivir en el pasado. Repito, estas preguntas tienen varias posibles respuestas.

²⁵ Ibid, 108.

Sin embargo, deseo proponer otra manera de ver el problema. Creo que el problema va mucho más allá de los principios postmodernos o de los escándalos que han sacudido a la Iglesia. En mi opinión, creo que el mundo ha perdido la fe en la Iglesia institucional porque la comunidad cristiana no está viviendo el evangelio radical de Jesucristo.

Con dolor, confieso que he llegado a pensar que la Iglesia está predicando un mensaje «aguado y escaso», atemperado a los valores de la sociedad secular. La predicación de este evangelio acomodado a los valores seculares le ha restado credibilidad a nuestro mensaje e impacto a nuestro testimonio. El mundo no nos cree porque predicamos un mensaje distorsionado, sin sentido de urgencia.

Por lo tanto, la tesis o idea central de mi ponencia es la siguiente: para tener un impacto positivo en este mundo postmoderno, la Iglesia debe desarrollar una práctica radical de la espiritualidad cristiana. Si deseamos que el mundo nos escuche, debemos vivir de acuerdo a los valores radicales y la práctica radical de Jesús.

A continuación ilustraré esta idea central, resumiendo y comentando algunos aspectos de la teología paulina, que, en sí misma, es una interpretación radical del evangelio de Jesucristo.

El evangelio radical

Todo comienza con la experiencia de fe. Saulo era un hombre bicultural y bilingüe, con un nombre hebreo y uno griego. Se crió en Tarso, una ciudad conocida por su biblioteca y, por lo tanto, por su ambiente de estudio. También estudió teología, llegando a ser un rabino.

Pablo se describe a sí mismo como un perseguidor de la Iglesia (véase 1 Co. 15:9). Por lo tanto, podemos inferir que el joven fariseo, lleno de celo por su fe, persiguió al movimiento de Jesús porque lo consideraba herético. Esto implica que Saulo debía tener cierto conocimiento de los principios teológicos de la fe cristiana, pero aún así la rechazaba.

¿Qué es lo que hizo, pues, que Saulo pasara de perseguidor a apóstol? Lo que lleva a Saulo a redefinir su fe es una experiencia mística; es el encuentro con el Cristo Resucitado.²⁶ El Apóstol describe su experiencia en Gálatas 1:11-16:

"Pero os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí no es invención humana, pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo. Ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremedida a la iglesia de Dios y la asolaba. En el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres. Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo lo predicara entre los gentiles, no me apresuré a consultar con carne y sangre."

Del mismo modo, en 1 Corintios 15 Pablo enumera una serie de apariciones del Cristo Resucitado, entre las cuales se encuentra su propia experiencia mística:

"Por último, como a un abortivo, se me apareció a mí. Yo soy el más pequeño de los apóstoles, y no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; aunque no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo".

1 Corintios 15:8-10

Su experiencia fue tan poderosa que le llevó a abandonar la teología farisea y a abrazar la perspectiva cristiana. Que quede claro, Saulo no se «convirtió», pasando de una religión a otra. Saulo pasó de ser un judío fariseo a ser un judío cristiano.²⁷ En 2 Corintios 12:1-4, aunque está escrito en tercera persona, se describe la experiencia mística del Apóstol:

26 Marcus J. Borg & John Dominic Crossan, *The First Paul: Reclaiming the Radical Visionary Behind the Church's Conservative Icon* (New York: Harper One, 2009), 19-27, passim.
27 Ibid., 24.

"Ciertamente no me conviene gloriarme, pero me referiré a las visiones y a las revelaciones del Señor. Conozco a un hombre en Cristo que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar."

Por lo tanto, podemos concluir que la espiritualidad cristiana se basa en una experiencia mística. La fe no es una cuestión intelectual, sino una experiencia mística con el Cristo Resucitado, quien se hace presente por medio del Espíritu Santo.

Esa experiencia de fe llevó a Pablo a reconocer a Jesús como el Cristo, como el Mesías. Empero, Pablo va más allá, otorgándole a Jesús toda una serie de títulos que la cultura grecorromana guardaba para el Emperador. Esto le da un ribete político y hasta polémico a la espiritualidad cristiana. Jesús es el hijo de Dios, el Señor y el príncipe del universo, ante quien se debe doblar toda rodilla en adoración (véase Fil. 2:5-11).

Por lo tanto, la interpretación paulina de la fe cristiana es anti-hegemónica y anti-imperial. El contenido de la teología imperial romana, a la usanza de Augusto, fue consistente durante toda la primera mitad del primer siglo.²⁸ Su secuencia estructural era la siguiente: la religión lleva a la guerra, la guerra lleva a la victoria y la victoria lleva a la paz. Su meta era paz por medio de las victorias militares en la tierra y en el mar. Esto se resume en la siguiente frase: paz a través de la victoria.

Pablo también afirma que la meta de la vida es la paz, la paz integral. La diferencia crucial entre el programa de César y el programa de Cristo es cómo se ha de lograr esa paz.²⁹ El César busca la paz a través de la victoria violenta,

28 Ibid., 111.

29 Ibid., 120.

pero Cristo obtiene la paz a través de la justicia no-violenta. Ambos proyectos prometen paz en la tierra, aunque lo hacen por medios muy diferentes.

El contraste es claro. César proclama y encarna la paz a través de la violencia, del mismo modo que Cristo proclama y encarna la paz por medio de la justicia no-violenta.³⁰

Este aspecto político de la espiritualidad cristiana se conjuga con un énfasis en la transformación personal. El Cristo crucificado y resucitado revela el camino a una nueva vida en el poder del Espíritu. Es decir, revela el camino a la transformación personal. El creyente que abraza la fe de Jesús sufre una muerte y una resurrección interior. Muere a la vieja identidad y a la vieja manera de vivir, levantándose a una nueva identidad y a una nueva manera de vivir (véase Rom. 6.1-11). Por lo tanto, podemos afirmar que la teología de la cruz describe un proceso radical de cambio interno usando lenguaje metafórico.³¹

Y debo advertir que esta transformación es real. Quien abraza la fe de Jesús cambia su vida de manera clara, radical y contundente. Por medio del bautismo, el creyente se identifica con la muerte y la resurrección de Jesús, entrando en una relación de pacto con Dios. Por medio de la cena del Señor, la persona creyente sostiene esa relación de pacto con Dios. Y ese pacto nos lleva a cambiar nuestro estilo de vida, capacitándonos para vivir y actuar con justicia.

Permítanme decirlo con toda claridad. El protestantismo de corte evangélico tiende a interpretar la doctrina de la justificación por la fe de forma equivocada. Basados en la teoría de la satisfacción, recalamos el aspecto legal de la salvación, presentando a Jesús como aquel que sufre el castigo que nosotros merecemos por nuestros muchos pecados.

La teoría de la satisfacción se basa en la idea de que el amor de Dios no cancela la justicia de Dios. Su argumento se desarrolla de la siguiente manera. El ser humano pecador ha ofendido a Dios y necesita ser castigado. Si Dios no castigara al ser humano pecador, estaría negando su propia justicia. Dado que Dios no

30 Ibid., 121.

31 Ibid., 138.

puede negarse a sí mismo, está obligado a castigar a la humanidad pecadora. Todo esto deja al ser humano en una situación imposible. La única solución es que alguien sufra el castigo que el ser humano merece. Ese «alguien» es Jesucristo, quien murió siendo inocente para satisfacer la justicia divina. En este sentido, «justificación» quiere decir que el ser humano es declarado «inocente» ante Dios porque Jesucristo ha pagado su culpa. La «deuda» ha sido pagada a precio de sangre en la cruz del calvario.

A manera de ejemplo, imaginemos que un hombre es encarcelado por cometer un delito. La fiscal no tiene más opción que llevarle ante la jueza. Del mismo modo, la evidencia obliga a la jueza a declararle culpable. Sin embargo, al momento de dictar la sentencia, otra persona se presenta ante el tribunal y se ofrece a satisfacer la deuda del criminal para con la sociedad. Si la jueza acepta la oferta, el criminal sale libre y la segunda persona cumple su condena. La teoría de la satisfacción, pues, afirma que Jesucristo es el amigo inocente que ha dado su vida voluntariamente para cumplir la condena que merecía el ser humano pecador.

No podemos negar que la teoría de la satisfacción tiene un gran valor teológico. Sin embargo, tampoco podemos negar que se opone a la definición paulina de la justificación. Para Pablo, la «justificación» es un proceso que lleva al creyente a la santificación. Es decir, la persona que cree no sólo es declarada justa ante Dios, sino que el Espíritu Santo de Dios le capacita para vivir en justicia. En este sentido, «justificación» es el proceso por medio del cual una persona pecadora es transformada para que pueda actuar con justicia.

Podemos afirmar, pues, que la espiritualidad cristiana implica la transformación tanto del ser humano como de la sociedad. Al nivel personal, la fe de Jesucristo nos transforma, capacitándonos para vivir en paz y actuar con justicia. Al nivel social, la fe de Jesucristo nos llama a construir una nueva sociedad orientada de acuerdo a los valores del reino de Dios, no de acuerdo a los valores de los imperios hegemónicos de turno.

Para Pablo la espiritualidad implica la participación en la muerte de Jesús, participación que el Apóstol recalca por medio de la metáfora del sacrificio.³² Participamos en la muerte de Jesús cuando presentamos nuestros «cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios» (Ro. 12:1). Presentar el cuerpo y, por lo tanto, el ser como un sacrificio vivo es una imagen de la muerte, pues recalca la importancia de dar la vida en sacrificio, ofreciéndola como un regalo a Dios. El resultado de este proceso de entrega es la transformación y la renovación del creyente.³³

Este entendimiento de la espiritualidad revela una nueva manera de ser en Cristo. El camino, el sendero a la transformación, es morir y levantarse con Cristo (Rom. 6:8). En este sentido, Pablo estaría de acuerdo con la afirmación del evangelio de Juan: Jesús es el camino (14:6).

Pablo entiende que nosotros participamos en el sacrificio de Jesús al seguir el camino que nuestro Señor marcó con su muerte y su resurrección.³⁴ Es decir, participamos del sacrificio de Jesús por medio de la fe.

La fe es mucho más que una creencia o una expresión de confianza. En el Nuevo Testamento, la fe es un compromiso total de vida.³⁵ Por medio de la fe, Dios ofrece cambiar la identidad y transformar el carácter de todo creyente. Por medio de la fe, Dios promete darnos el «Espíritu de Cristo» (Rom. 8:9).³⁶

La fe es un compromiso vital con el proyecto de Dios para el mundo. No es algo teórico ni abstracto, sino un compromiso práctico. Y ese compromiso se vive en comunidad. Es imposible vivir la fe de manera privada o individualista. Estar «en Cristo» implica formar parte de una comunidad de personas que, habiéndose encontrado con el Cristo resucitado, están comprometidas con un futuro alterno para el mundo. La Iglesia busca otro futuro para el mundo y está comprometida con ese futuro «otro» prometido por Dios en las Sagradas Escrituras.

32 Ibid., 138.

33 Ibid., 139.

34 Ibid., 140.

35 Ibid., 168.

36 Ibid., 183.

El propósito de la Iglesia es ser una comunidad alternativa que encarne los valores del reino.³⁷ La Iglesia está llamada a vivir de manera contracultural, en abierta crítica a la «sabiduría de este mundo». ¿Por qué? Porque la sabiduría del mundo sustenta los sistemas opresivos que matan y destruyen al pobre, a la mujer, a la niñez, a los ancianos y a toda persona vulnerable.

El lenguaje de la nueva creación es lenguaje comunitario. La transformación que ofrece y demanda el evangelio no era sólo para individuos, sino que también es oferta de vida para nuestras comunidades. Buscamos un nuevo mundo, una nueva era, una nueva edad. Esto, para Pablo, era la vida en Cristo, en el Espíritu y en el cuerpo de Cristo.³⁸

Conclusión

En conclusión, podemos afirmar que una cita bíblica resume la espiritualidad cristiana radical que predica Pablo:

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Gálatas 2:20

La frase «juntamente crucificado» es la traducción de una sola palabra. Es un neologismo, un nuevo vocablo, acuñado por Pablo: el verbo griego «*synestauromai*». Literalmente, la palabra quiere decir «concrucificado».

Por lo tanto, la espiritualidad cristiana requiere una total identificación con el sacrificio de Cristo. Es compartir su cruz, lo que implica un compromiso radical con el futuro de Dios y un abierto rechazo a las estructuras hegemónicas que gobiernan nuestro mundo. La espiritualidad cristiana proclama que Jesús es Señor y, por lo tanto, que «César»—en cualquiera de sus múltiples expresiones—no es el Señor.³⁹ Y todo esto se enmarca en la práctica de la justicia que hace posible la

37 Ibid., 186.

38 Ibid., 188.

39 Ibid., 154.

transformación que experimenta quien acepta el sacrificio de Jesucristo y viene a formar parte de la Iglesia, como comunidad del Espíritu y como avanzada del reino de vida.

Ahora les ruego que me permitan volver a mi idea central: Si el mundo no nos cree, es porque no estamos viviendo la espiritualidad cristiana en toda su radicalidad, como nos enseña el Nuevo Testamento, en general, y el Apóstol Pablo, en particular. Si esto es cierto, entonces, ¿qué debemos hacer para el mundo preste atención a nuestro mensaje?

- Para que el mundo crea, debemos llamar a todo ser humano a tener un encuentro místico con el Cristo resucitado. La gente no llega a la fe por medio de argumentos teológicos o filosóficos. Mucho menos por medio del mercadeo y la manipulación. Sólo un encuentro con el Cristo vivo puede darnos una experiencia de fe perdurable.
- Para que el mundo crea, debemos predicar la justificación como un llamado a la santificación. Debemos predicar que Dios desea transformar el corazón humano, capacitándonos para vivir en justicia y paz.
- Para que el mundo crea, debemos tomar en serio los aspectos políticos de nuestra fe, afirmando el señorío de Jesucristo y la soberanía de Dios sobre todo gobierno y sobre toda sociedad. Esto implica el desarrollo de una actitud crítica hacia todas las estructuras políticas humanas, particularmente hacia aquellas que validan la opresión, el odio y la marginación de las personas más débiles de la sociedad.
- Para que el mundo crea, debemos identificarnos con el sacrificio de Jesucristo, comprometiéndonos con su programa de paz y justicia para toda la sociedad.
- Para que el mundo crea, debemos buscar la unión mística con Cristo Jesús. Debemos estar «concrucificados» con Cristo, quien dio su vida para desenmascarar la maldad de las fuerzas de la muerte, inaugurando un reino de paz y justicia.

Nuestra meta debe ser vivir la espiritualidad cristiana de forma radical, para que el mundo crea.

LA APOSTOLICIDAD DE LA IGLESIA, ¿RESTAURACIÓN O NUESTRA REFORMA APOSTÓLICA?

Rvdo. Carmelo Álvarez Santos
27 de abril 2011

Introducción

Agradezco profundamente una vez más el privilegio que se me otorga de ser el conferencista en la Cátedra Carmelo Álvarez Pérez. Felicito al Instituto Discípulos de Cristo Rvdo. Juan Figueroa Umpierre por su trigésimo cuarto aniversario, y el papel que cumple en la formación teológica de nuestro liderato.

Lo que propongo en las líneas que siguen es plantear el origen, impacto y contenido teológico-doctrinal del llamado “movimiento apostólico” o como ellos prefieren llamarse, “la nueva reforma apostólica”. Utilizaré el principio de la apostolicidad para orientar el análisis, destacaré los orígenes y raíces del movimiento, sus principales doctrinas y líderes. Ofreceré algunas observaciones desde mi propia teología sobre este movimiento y los desafíos que nos plantea.

Para ubicar el tema me tomo la libertad de citar de mi libro, *Introducción a la unidad cristiana*, sobre lo que entendemos por apostolicidad.

La apostolicidad ha girado sobre los fundamentos sacramentales e institucionales de las iglesias con referencia al núcleo apostólico del Nuevo